
MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

Ponente: Robert D. McCurley M.Div.



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville en Greenville, SC, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). www.freechurchcontinuing.org

Módulo

TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

ROBERT D. McCURLEY M.DIV.

21 CAPÍTULOS ANTIGUO TESTAMENTO · 9 CAPÍTULOS NUEVO TESTAMENTO

Lecturas del Antiguo Testamento:

1. Introducción
2. La Creación
3. La Caída
4. Noé
5. Abraham
6. Los Patriarcas I
7. Los Patriarcas II
8. El Éxodo
9. El Sinaí
10. El Tabernáculo
11. Los Sacrificios
12. El Sacerdocio
13. La Herencia
14. David
15. Los Salmos
16. Salomón
17. El Templo
18. El Reino
19. Los Profetas
20. El Exilio
21. La Restauración

Lecturas del Nuevo Testamento:

22. La Encarnación
- 23. La Expiación**
24. La Resurrección
25. El Pentecostés
26. La Iglesia
27. La Unión
28. La Solicitud
29. La Misión
30. La Gloria

Lección 23

LA EXPIACIÓN

Tema de la Lectura:

Dios accede a revelar Su gloria a través de la obra de la expiación terminada por Cristo.

Texto:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado”
(1^{ra} Co. 2:2).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 23

El mundo no puede ver las realidades espirituales. Están ciegos, andan a tientas en la oscuridad de la incredulidad. Pablo dice que miran la cruz y la consideran una insensatez. ¿Qué podría ser más tonto que la aparente debilidad de un líder, un rey, un salvador, que sufre la derrota definitiva de una ejecución espantosa? Esto no muestra el tipo de poder que el mundo estima. Frente a estas críticas desdeñosas, Dios nos revela la verdad, la verdad que expone la ignorancia del mundo. La cruz manifiesta la sabiduría y el poder de Dios, al defender la justicia divina, al tiempo que concede la misericordia para asegurar la salvación de Su pueblo. La crucifixión de Cristo apareció ante el ojo humano como una derrota colosal, pero, de hecho, en ese preciso momento Dios mostró Su mayor triunfo. Cristo ganó la victoria sobre el pecado, Satanás, la muerte y el infierno, y no lo hizo a pesar de la cruz sino a través de la cruz. Entonces, podemos decir con Pablo en 1^{ra} Corintios 1:18: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”.

¿Cómo el impulso creciente de lo que aprendimos en el Antiguo Testamento culmina en la obra expiatoria de Cristo? ¿Cómo se expresan plenamente esos temas teológicos del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento? ¿Por qué es la cruz central para el Nuevo Testamento y la Biblia en su conjunto? ¿Cuáles son los diversos componentes de la expiación y qué nos enseñan sobre el contenido del Evangelio? ¿Qué aseguró exactamente la cruz en términos de salvación, y por quién murió Cristo? En esta lección, dirigimos nuestra atención a uno de los eventos más grandes en la historia de la redención de Dios. Pero primero, debemos distinguir entre el objeto del logro de la salvación y la aplicación subjetiva de la redención. Entonces, el primero habla de la obra de Cristo por nosotros, mientras que el segundo se refiere a la obra de Cristo en nosotros. En estas primeras cuatro lecciones sobre el Nuevo Testamento, nos centramos principalmente en el objetivo del logro de la salvación; Esa es la obra de Cristo por nosotros. Y, algunas de las últimas lecciones se concentrarán en la aplicación de la salvación al creyente, es decir, la obra de Cristo en nosotros. Pero, siempre deben mantenerse juntas en el equilibrio bíblico. Enfocarse en una, excluyendo a la otra, distorsionaría el mensaje del evangelio de la Biblia. Por lo tanto, vamos a centrar nuestra atención en este tema de la expiación.

En primer lugar, observaremos el desarrollo histórico de este tema de la expiación. La revelación del plan de redención de Dios comenzó, como recordarás, en Génesis 3:15: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre

tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. El aplastamiento de la cabeza de la serpiente por parte de Cristo llega a su plena realización en su obra encarnada, pero en el proceso, el talón de Cristo es herido, una referencia a su obra en la cruz. Leemos en 1^{ra} Juan 3:8: “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Esto se confirma aún más, por ejemplo, en Colosenses 2:15: “Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. Toda la historia del Antiguo Testamento predijo esta gran obra, y el Nuevo Testamento explica el cumplimiento en Cristo.

Entonces, con respecto al éxodo, leemos en 1^{ra} Corintios 5:7: “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. El Nuevo Testamento comienza con la declaración de Juan el Bautista: “He aquí, el Cordero de Dios”. Y el Nuevo Testamento termina con esa misma imagen. En Apocalipsis 5:12, hay una imagen de Cristo en el cielo después de Su ascensión, y leemos: “Que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Las referencias al Cordero se pueden encontrar hasta el final del libro en el capítulo 21:14.

Como exploraremos más adelante, Cristo cumple con los temas del Antiguo Testamento de fiador, sacrificio, sustituto, rescate, redención, etc. El punto que quiero establecer es que tu comprensión de estos conceptos del Nuevo Testamento será muy limitada sin una comprensión completa de la teología del Antiguo Testamento. Los cuatro Evangelios revelan la historia de la obra de Cristo en la tierra, cada uno de ellos aportando un énfasis diferente. Leemos de Su vida, muerte, resurrección y ascensión. Notarás que los cuatro Evangelios dedican una proporción significativa de espacio a todo lo que conduce a la crucifixión de Cristo y alrededor de ella. Por ejemplo, casi la mitad del libro de Juan está dedicado a la última semana de la vida de Cristo y los eventos de Su muerte. El resto del Nuevo Testamento está dedicado a exponer las implicaciones de la obra de Cristo, especialmente Su expiación. Es por esto que Pablo dice: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2).

Entonces, en segundo lugar, en esta lección queremos enfocarnos especialmente en la teología de la cruz. De ese modo, en la teología de la cruz: debemos ver que Dios da una revelación acerca Sí mismo a través de la obra expiatoria de Cristo. Entonces, Dios nos está mostrando quién es Él a través de lo que hace. Dios no puede cambiar. Él es un Dios santo y justo, por lo que Su provisión de salvación debe corresponder con Su carácter. El verdadero evangelio es el único medio para lograr esto, por lo que cuando Pablo enseña el evangelio, dice en Romanos 3:26: “Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. ¿Cómo puede Dios seguir siendo justo y aún ser el justificador de aquellos que obviamente son impíos? El evangelio proporciona la única respuesta. Así que, por ejemplo, Su justicia se sostiene en el castigo total del pecado y la satisfacción de Su ira al colocarla sobre Cristo como el Sustituto que está en lugar de Su pueblo. Él manifiesta Su magnífico amor por Su pueblo, reuniendo en la cruz tanto Su justicia como Su amor.

En este punto, exploraremos el lenguaje y la teología que se encuentran en el Nuevo Testamento. Permíteme destacar especialmente cuatro ejemplos principales con respecto a la teología de la cruz. El primero es el sacrificio, el tema del sacrificio. Este es un tema dominante en todas las Escrituras y una parte importante del papel del Mediador al ofrecerse a Sí mismo como un sacrificio. Entonces, Efesios 5:2 dice: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Como sabes, toda la economía del Antiguo Testamento con Su sistema de sacrificios apuntaba hacia adelante, al sacrificio de Cristo. La idea central en esta doctrina es la de la sustitución. Esto es lo que se entiende por una expiación vicaria sacrificial. *Vicario* se refiere al sustituto, Cristo, es nuestro sustituto penal. Él está puesto en lugar de Su pueblo y expía su pecado.

Como aprendimos en una lección anterior, este sacrificio expiatorio incluía tanto la expiación como la propiciación. Estas son dos grandes palabras teológicas, pero tienen un significado simple e importante. La *expiación* se refiere a borrar y eliminar el pecado, más específicamente, quitar la culpa del pecado. Apocalipsis 1:5 dice: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. Pero también hay la *propiciación*, y esto se refiere a satisfacer la justicia divina y apaciguar la ira de Dios. Leemos en Romanos 5:8–9: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira”. Aunque algunos objetan este aspecto de la expiación, es una parte indispensable del evangelio. Dios, por Su naturaleza como un Dios justo y justo, debe reflejar ira hacia

todo el pecado. Entonces, esa ira debe ser eliminada a través de la muerte de Cristo, Su muerte, para satisfacer la justicia divina, 1^{ra} Juan 4:10: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

Un segundo tema bajo la teología de la cruz es la reconciliación. Entonces, leemos uno de los muchos ejemplos en Romanos 5:10–11: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”. La reconciliación es una parte importante de este tema de la expiación y de la teología de la cruz. La reconciliación se refiere a la eliminación de nuestra enemistad con Dios; así, la expiación de Cristo elimina nuestro alejamiento de Dios, y más bien, restaura la amistad y la comunión con Dios. Esta es una buena noticia, un mensaje que debe ser proclamado en el evangelio; Y es una parte importante de la predicación. Escucha la descripción de Pablo en 2 Corintios 5:18–20: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.

Así que, el primer tema es el sacrificio. El segundo es la reconciliación. Un tercer tema es la redención. Efesios 1:7: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. La redención se refiere a nuestra liberación y el pago de un precio para recomprarnos a Sí mismo, la idea del rescate. Este concepto obviamente era prominente en el Antiguo Testamento; Todo el evento del éxodo de Egipto fue sobre la redención. Tienes el mismo tema en la santificación del primogénito y en el concepto del rescatador del pariente, que aparece no solo en la ley, sino que se ejemplifica en el libro de Rut y así sucesivamente. Todo esto es muy claro en el Nuevo Testamento. Esto incluye la idea de Cristo como nuestro Fiador. Como Fiador, asumió la responsabilidad de pagar la deuda por los pecados de Su pueblo. El Nuevo Testamento también deja claro que Cristo fue el rescate. El precio pagado por nuestra redención fue el derramamiento de sangre de nuestro Salvador. Cristo se refiere a Sí mismo en Marcos 10:45 cuando dice: “Para dar su vida en rescate por muchos”.

Más específicamente, el pueblo de Dios está redimido de la esclavitud espiritual, y esto se puede ver bajo cuatro puntos. El pueblo de Dios es redimido de la esclavitud espiritual. Primero que nada, son redimidos de la esclavitud del pecado, su culpa, su impureza, su poder, etc. Entonces, leemos en Tito 2:14 de Cristo “Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, ...celoso de buenas obras”. En segundo lugar, el pueblo de Dios es redimido de la maldición de la ley. Gálatas 3:13 dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero”. En tercer lugar, el pueblo de Dios es redimido de las obras del diablo. Ves esto en 1 Juan 3:8, por ejemplo. En cuarto lugar, el pueblo del Señor es redimido del poder de la muerte. Hebreos 2:14 dice: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”. Esto también se menciona maravillosamente al final de 1^{ra} Corintios 15. Entonces, la redención es otro componente importante de la teología de la cruz y de nuestra comprensión de la expiación.

Un cuarto tema es el de la obediencia, y esto lo explicamos a menudo tanto en la obediencia activa como en la obediencia pasiva de Cristo. Entonces, la salvación requiere obediencia a Dios. Eso está claro, pero los teólogos distinguen entre dos aspectos. Estos son aspectos: la obediencia activa y la obediencia pasiva de Cristo. Ambas describen la totalidad de la obra de Cristo. Recuerda el final de 2^a Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Déjame explicarte esto brevemente. La obediencia activa de Cristo se refiere al cumplimiento de lo que exige la ley. Entonces, Dios requiere obediencia perfecta a Su ley para poder ser aceptable ante Sus ojos. En Su vida, Cristo obedeció en nombre de Su pueblo los preceptos de la ley, todos los requisitos de la ley, obteniendo así un registro de justicia perfecta, el cumplimiento perfecto de la ley. Y, la justicia perfecta de Cristo es imputada o acreditada a Su pueblo y recibida por ellos por la fe. Ahí está Su acto de obediencia.

En segundo lugar está Su obediencia pasiva. Esto se refiere a Cristo sufriendo la pena requerida por la ley. Entonces, la ley de Dios también exige un castigo justo por el pecado. Cristo paga el castigo de la ley y soporta su maldición en lugar de Su pueblo: Filipenses 2:8: “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo,

haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Por lo tanto, este tema de la obediencia en relación con la expiación y la teología de la cruz se puede seguir también a través del Nuevo Testamento. En resumen, en el segundo punto, observa cómo la expiación de Cristo corresponde a todas nuestras necesidades.

Miramos cuatro cosas diferentes. En primer lugar, el sacrificio corresponde a nuestro problema de culpa e ira. La reconciliación corresponde a nuestro problema alienación de Dios y nuestra enemistad con Él. La redención corresponde al problema de la esclavitud, y la obediencia corresponde al problema de las exigencias de la ley de Dios. En otras palabras, la teología de la cruz se adapta perfectamente a las necesidades del pueblo de Dios y les brinda salvación plena. La cruz era necesaria. Dios no podría haber redimido a Su pueblo de otra manera. Por ejemplo, Él no podría haberlos redimido simplemente declarando el perdón de sus pecados. Esto es, porque la justicia de Dios tenía que mantenerse. La obra de Cristo en la cruz proporciona un contenido esencial al mensaje del verdadero evangelio. Dios revela lo que ha logrado para la salvación de Su pueblo, y la cruz es una exhibición tanto de la justicia de Dios como de Su amor. Vemos en la cruz lo que cantamos en el Salmo 85:10: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”.

En tercer lugar, en esta lección, debemos considerar el alcance de la expiación. Entonces, por último, debemos abordar la pregunta: “¿Quiénes son los destinatarios de las bendiciones de la expiación?”. Otra forma de hacer la pregunta es esta: ¿por quién murió Cristo? Esta es una doctrina que a menudo se malinterpreta. Hay un sistema de teología llamado Arminianismo que enseña que Cristo murió por todos los hombres, expiado por los pecados de todos los hombres, pero contrariamente a esta enseñanza incorrecta, la Biblia enseña que Cristo murió por Su propio pueblo escogido. Esto es importante, y es importante porque afecta nuestra comprensión de la naturaleza misma de la expiación en sí misma como verás. Esta doctrina encaja dentro del contexto más amplio de lo que la Biblia enseña acerca de la depravación total y la incapacidad espiritual del hombre y la elección de Dios, Su elección soberana de Su pueblo. Entonces, al hacer la pregunta, ¿por quién murió Cristo? Pensemos por un segundo sobre el alcance de esa pregunta. Y puede ayudar, en primer lugar, establecer lo que no se está cuestionando. El evangelio debe ser proclamado a cada persona en el mundo. La salvación se predica indiscriminadamente a todos los que escuchan el evangelio, y la suficiencia de la obra de Cristo no está siendo cuestionada.

Por otro lado, lo que se está diciendo es esto: el alcance de la expiación: ¿quiénes son los destinatarios de sus bendiciones? Está arraigado en la naturaleza de la expiación misma. Eso es lo que se destaca aquí. Cristo no creó simplemente el potencial hipotético para que algunos sean salvos. Él realmente aseguró y logró la salvación certera y definitivamente, para Su pueblo escogido y elegido. Dado que todos los cristianos creen que no todos van al cielo, la pregunta es: “¿Quién limita la expiación? ¿Dios o el hombre? La respuesta es: Dios establece los parámetros para la expiación. También debemos reconocer una comprensión de lo que se dice. Necesitamos reconocer que el pecado de la incredulidad y, en consecuencia, el don de la fe, están asegurados en la expiación misma. Cuando Cristo murió, murió por el pecado de la incredulidad, y murió para asegurar el don de la fe.

También reconocemos que el amor de Cristo por Su novia es diferente a Su disposición hacia el resto del mundo, y debemos tener en cuenta que no puede haber un doble pago. ¿Qué significa eso? Significa que no puede darse el caso de que Cristo pague por los pecados de todos los hombres, y luego algunos incrédulos deben pagar por ese mismo pecado nuevamente en el infierno. Eso no tiene sentido. La Biblia entera enseña este particularismo: Dios provee expiación para Su pueblo elegido. Lo vemos en el Antiguo Testamento. Dios, a partir del consejo de Su propia voluntad, eligió a un pueblo en particular para Sí mismo, Israel, como distinguido del resto del mundo, y Él les proporcionó la salvación. Así, por ejemplo, en Deuteronomio 7:6–8 leemos: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto”.

Todo el sistema de sacrificios en el Antiguo Testamento enseñaba la misma verdad. Los sacrificios, que significaban expiación, se aplicaban a un pueblo en particular, no al mundo entero. Podríamos considerar una gran cantidad de textos. Piensa, por ejemplo, en los pronombres utilizados al final de Isaías 52 que comienzan en el versículo 13 y que van hasta Isaías 53. Vemos lo mismo en el Nuevo Testamento en la página de inicio. En Mateo 1:21 leemos: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a Su pueblo de sus pecados”.

Jesús enseña lo mismo en Juan 10:14–15: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas”. A lo largo de toda la oración sacerdotal de Cristo en Juan 17, hace repetidas referencias a aquellos a quienes el Padre le había dado, y dice: en el versículo 9: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”. Pablo acusa a los ancianos de Éfeso en Hechos 20:28: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”. Podríamos proporcionar más textos, pero esto debería ser suficiente.

Ahora, permíteme tejer estos hilos al exponer el argumento bíblico en su conjunto, y nos dirigiremos a John Owen, un puritano inglés del siglo XVII, quien lo explica muy claramente. Escucha con atención e intenta entender lo que dice. El argumento bíblico sobre el hecho de que Cristo murió por Su pueblo electo es así:

“El Padre impuso su ira y el Hijo fue castigado por: 1) todos los pecados de todos los hombres, 2) todos los pecados de algunos hombres, o 3) algunos de los pecados de todos los hombres. En cuyo caso se puede decir”, primero que todo, “si lo último es cierto”, que Cristo fue castigado por algunos de los pecados de todos los hombres, entonces “todos los hombres tienen pecados por los que responder, y por lo tanto, ninguno es salvo”. Podemos quitar eso de la lista. En segundo lugar, “si el segundo es verdadero”, que Cristo murió por todos los pecados de algunos hombres, “entonces Cristo, tomando su lugar, sufrió por todos los pecados de todos los elegidos en todo el mundo, y esta es la posición que es verdadera”, Pero, en tercer lugar, y esto se dirige a los arminianos, “si el primero es el caso”, que Cristo murió por todos los pecados de todos los hombres, “¿por qué no todos los hombres están libres del castigo que merecen sus pecados? Respondes, por la incredulidad”. Owen dice: “Entonces pregunto, ¿es esta incredulidad un pecado, o no lo es? Si la respuesta es sí, entonces es un pecado y Cristo sufrió el castigo debido, o no lo hizo. Si lo hizo, ¿por qué debería estorbarles más que sus otros pecados por los cuales murió? Pero si Él no murió por ese pecado, entonces no murió por todos sus pecados.

Aquí puedes ver la fuerza del argumento bíblico, muy bien resumida por John Owen. La respuesta a la pregunta con respecto a la extensión de la expiación, ¿por quién murió Cristo? La respuesta que da la Biblia es que Cristo murió por Su pueblo elegido. Permíteme ilustrar las implicaciones de esta doctrina en cuanto a la experiencia cristiana. ¿Qué pensarías tú de un esposo que le dijo a su esposa que la amaba pero que también ama a todas las demás mujeres del mundo igual que a ella? Bueno, estarías terriblemente ofendido, y con razón. Cuando el cristiano mira la cruz, ve el amor particular de Cristo por su novia, no el amor genérico de una masa nebulosa e indefinida de humanidad. Cristo llevó a Su pueblo específico en Su corazón y en Su mente cuando se ofreció a Sí mismo como un sacrificio por sus pecados. Esto constituye una gran ayuda para la seguridad del amor de Dios. El cristiano puede decir: “Cristo estaba asegurando la expiación de mis pecados en particular y asegurándolos por amor a mí”.

Bueno, para concluir, en esta lección hemos concentrado nuestro enfoque en la obra sacrificial de Cristo, Su obra de expiación. Vemos que Dios accede a revelar Su gloria a través de la obra de la expiación terminada por Cristo. El evangelio es el centro de la Biblia, y la expiación de Cristo es el centro del evangelio. En la próxima lección, exploraremos el próximo gran evento en la historia de la redención de Dios. Después de Su muerte viene la resurrección del Señor Jesucristo. Consideraremos juntos este evento de la resurrección.